

Revista de Ciencias Sociales

Vol. XVII

Marzo 1973

Núm. 1

EL PODER COMO MEDIDA DEL POLITICO

IRVING LOUIS HOROWITZ*

Elites de poder y pluralidad de poderes

El problema vigente que más preocupa a la ciencia política es la posición del pluralismo en relación a las teorías de concentración de poder. Esto muy bien podría resultar no tanto en un argumento dentro de la ciencia política en sí, sino más bien en un debate sustituto entre los científicos políticos y los sociólogos. Los sociólogos en general han tendido a subestimar o (a los ojos de los científicos políticos totalmente) menospreciar la valía de la idea del pluralismo debido a que menosprecian la noción del aparato del partido político. Inversamente, la posición de muchos sociólogos ha sido la de que los científicos políticos por su parte han tendido a sobrestimar el papel del sistema de partidos y el papel del político subestimando el papel de los grupos de masas. En efecto, la teoría de las élites del poder se inicia con el grupo social, mientras que la teoría pluralista supone la prioridad del partido político. Por debajo de esta lucha de ideas está el vacío entre la ciencia política y la sociología en general como profesiones con distintas matrículas. Puede ser que esta diferencia entre sociología política y socialización política (o politización sociológica) gira precisamente sobre este pivote "profesional" interno, más que sobre cualquier demanda objetiva como causa principal.

* Departamento de Sociología, Rutgers University, Newark, New Jersey, USA.

La sociología política realmente hace referencia en primer lugar a los partidos y su aparato. Sin embargo, la relación que nosotros estamos discutiendo, vista desde un punto de vista sociológico, implica el impacto de los partidos y de los políticos sobre los grupos de interés. Dos buenos ejemplos —quizás las más claras ilustraciones de que disponemos— de lo que ésta diferencia supone y como ésta se manifiesta están contenidos en los trabajos de C. Wright Mills y Floyd Hunter de un lado, y Seymour Martin Lipset y Robert Dahl de otro lado. Ellos serán tomados como simbólicos de los niveles políticos y profesionales del debate entre aquellos que quieren dividir el mundo entre élites de poder o grupos de interés.

El trabajo del sociólogo Hunter (1953) sobre "Community Power Structure" es un estudio sobre Atlanta, hecho al inicio de la década de 1950 cuando ésta era más una ciudad regional que una de significación nacional. El trabajo del científico político Dahl (1961) en "Who Governs?" es un examen de New Haven como una comunidad autónoma. En lo que se hace hincapié, se revela claramente, quizás más claramente que en cualquiera otros escritos, que las diferencias entre las dos ciencias sociales "hermanas" son válidas. Uno de los más importantes supuestos del estudio de Hunter queda manifiesto cuando él señala: "Puede decirse que este estudio supone la existencia de dos grupos de consideraciones ideológicas que ayudan a los hombres a conformar la política en las comunidades industriales hoy día, a saber, capitalismo y socialismo" (Hunter, 1953, p. 00). La significación de tal observación se convierte en una muy real al examinar el trabajo de Dahl. Dahl no sólo no hace alusión a la controversia a escala mundial entre socialismo y capitalismo sino que hace pocas referencias a la posición nacional de New Haven —lo que es como decir, que New Haven nunca aparece como una estación entre New York y Boston.

Consecuentemente, de ningún modo se entienda del trabajo de Dahl que New Haven no es un centro autónomo de poder; y por tanto el hecho de que él describa una distribución pluralista del poder no necesariamente valida su principal tesis subyacente referente al pluralismo en la sociedad americana. Para hacer esto tendría que haber examinado el pluralismo dentro del vórtice del poder, en lugar de extrapolarlo de tal vorágine. El trabajo de Dahl muestra una diferencia fundamental con respecto a la manera de cómo Hunter concibe la ciudad. Hunter considera la ciudad como parte de un sistema industrial, lo cual es una razón del porqué él llama a ésta centro regional que sirve a un sistema de otros centros más pequeños —un centro que él mismo no es autónomo, puesto que su poder proviene localmente. Dahl, sin embargo, tiende a aceptar en sentido literal la naturaleza autónoma

del problema bajo consideración, así que la distinción se hace no tanto entre teoría pluralista y polarizada sino entre la ciudad como una unidad autónoma, y como una región interdependiente. La versión que nosotros aceptemos depende en última instancia de si percibimos la ciudad, ya sea ésta New Haven o Atlanta, como un distrito autónomo o un complejo trabado.

Este es el equivalente sociológico del problema de la periodización de los historiadores, quienes necesitan definir los períodos históricos en una manera significativa. Esta cuestión de dependencia y autonomía también se manifiesta claramente en las diferencias entre los libros de Dahl y Hunter —por ejemplo—, la cuestión de la comunidad organizada y el individuo. Hunter establece que el surgimiento de grupos de interés ha traído como secuela el crecimiento de la centralización del liderato, y no una más amplia pluralización de la autoridad. Aquí el problema del plan social así como la noción del grupo de interés aparece totalmente en contra del enfoque de Dahl. Esencialmente, Dahl sostiene que éste no es un ejemplo de ideología como una categoría residual, sino más bien un ejemplo de ideología como una categoría dominante, por esto considera el ideal, en lugar de lo que realmente la naturaleza del problema. Dahl sitúa éste en unos términos escasamente diferentes. Dice que en ningún momento anterior habían los observadores comenzado a discutir la extraordinaria importancia de los partidos políticos sino hasta que nos confrontamos con la naturaleza heterodoxa de lo político. Los partidos políticos competitivos gobiernan pero lo hacen con el consentimiento de votantes asegurados por elecciones competitivas. Así, para Dahl, la cuestión de quién gobierna es equivalente a la cuestión de quién manda. Para Hunter la cuestión de quién gobierna en el sentido formal es distinta de la cuestión de quién manda.

Una de las grandes ambigüedades referentes al trabajo de C. Wright Mills (1948, 1956) también descansa sobre la pregunta de ¿quién gobierna? La relación del poder con el acto de gobernar se remonta a la escuela franco-italiana de sociología política. Hombres como Robert Michels y Vilfredo Pareto —la escuela maquiavélica— no estaban interesados en quién gobierna sino en quién manda. Así, para ellos la idea de clase dirigente no es la misma que la de clase gobernante. De acuerdo a su teoría, la clase dirigente asigna a un grupo el control para cuidar del aparato jurídico formal del gobierno, así que la cuestión de ¿quién gobierna? no concuerda con la cuestión de ¿quién manda? Argumentar que un cuerpo pluralista de hombres gobierna, o que un hombre gobierna en términos de un sistema de dos partidos en el cual hay conflicto y lucha y un acuerdo del sistema de partidos, es un error,

ya que podemos aceptar el hecho de que una élite dirigente pueda arreglar, como alternativa, partidos competitivos con el fin de tener un sistema jurídico eficiente para mantener el poder legislativo y ejecutivo. El evitar enfrentarse a la cuestión de la autoridad lleva a Dahl asumir que New Haven es un centro de poder autónomo. En resumen, Dahl trata, no con el poder, sino con el derecho, y los dilemas entre una teoría del derecho y una teoría del poder quedan sin resolverse por su no examinada fe en los niveles locales de gobierno.

El problema de Mills es que nunca desarrolló una teoría del derecho; fracasó en dar razón de las operaciones del sistema jurídico. Uno no nota jamás en los escritos de Mills la existencia de un sistema de control sobre el poder que opera dentro de la sociedad americana. Esto es como si los poderes legislativo y judicial del gobierno se disolviesen y lo que permaneciese fuese el poder ejecutivo, o el poder presidencial como el más importante, si no el único, aspecto del sistema general del poder. El dilema para Mills y para la así llamada escuela neo-maquivélica ha sido siempre que nunca han tomado seriamente el ejercicio de la justicia ni han contado significativamente con una política legislativa. Mills sostenía que los últimos grandes debates senatoriales fueron entre Clay y Webster. Omite consideración alguna a la rama legislativa por medio de este fiat verbal. Excluye la discusión sobre lo judicial, al declarar simplemente que lo judicial es un brazo de la fuerza del ejecutivo. Con toda justicia ciertos fenómenos dentro de la vida americana han venido a confirmar la posición de Mills; de otro modo "The Power Elite" (Mills 1956) no estaría en su novena edición. El fenómeno político básico del siglo xx ha sido la expansión del poder ejecutivo. El poder reside ahora en el Departamento de Defensa y en las agencias del poder ejecutivo, no en el Congreso, como lo fue hace treinta o cuarenta años. Así, desde el punto de vista neo-maquivélico, el problema está en relación entre quién gobierna y quién tiene el poder, en lugar de en las fuentes legales de la legitimidad.

El otro lado de la moneda es que la posición pluralista, posición de Dahl, describe claramente el aparato que gobierna, pero no el aparato del poder. No ha habido todavía un trabajo de síntesis en la sociología política americana, porque no ha habido un análisis que enlace a aquellos que tienen el poder con aquellos que gobiernan. El sistema de relaciones entre el sistema político formal y el sistema informal del poder ha sido explorado bastante casualmente. Ambos sistemas han sido explorados como variables independientes pero no han sido presentados como manteniendo una relación entre sí. Quizás Ostrogorki (1902) estuvo muy cerca de este tipo de estudio en su trabajo sobre partidos políticos y comunidad.

Para Lipset (1950) la sociología política es básicamente un problema de reducción de aquellos que tienen el poder, al aparato formal de quienes votan. Su designación de derecha-izquierda y centro es una designación arbitraria. El único juez es el patrón de votación de la clase social. Si las clases obreras, como ocurre en Escandinavia, votan mayormente por las reformas del partido socialista que por el así llamado partido conservador, quedan clasificadas como de izquierda. Si la vieja guardia de propietarios vota por los partidos católicos, quedan clasificados como derecha. El Centro, ni capitalista, ni socialista, es designado como liberal. Así la asociación triádica tiene éxito más por definición que por exploración. El hecho de que haya tres partidos, en efecto, como hay en muchos países escandinavos, refuerza su teoría del socialismo legal, el cual él ha sostenido desde su trabajo sobre el socialismo agrario. Lipset ha hecho un estudio de sociología política de los patrones de votación y su relación con el origen de clase social, pero no ha definido la terminología de manera tal, que Derecha, Izquierda y Centro tengan algún sentido por sí mismas; además, no ha definido un sistema de poder que pueda explicar Derecha, Izquierda, y Centro en situaciones de no votación. El efecto es un "matrimonio" del tipo ideal y las estadísticas, y al restringir el análisis a los tipos ideales (Escandinavia y Canadá) la sociología política queda reducida a un patrón clásico. Sin embargo, en este intento por fundir una teoría social de estratificación con una teoría de conducta política, obtiene no teorías de conducta política, sino teorías de la conducta del votante. Aunque la posición formal de Lipset pueda ser muy diferente y más sofisticada que la de Dahl, el análisis no es más fundamental, y una vez más la cuestión de quién gobierna y quién manda continúa necesitando una respuesta.

Este vacío entre quiénes mandan y quiénes gobiernan ha llegado a ser extremadamente importante, precisamente porque el ataque frecuente de la investigación ha sido en la dirección cuantitativa, la cual ha llevado a la serie de supuestos de que los que gobiernan son los mismos que los que votan. Este desarrollo ha llevado hacia un desesperado estudio de los patrones de votación, como ejemplo de un indicador que puede ser comprobado; ello provee un tipo de equivalente monetario para el sociólogo político, un indicador que él puede comprobar en contra de sus proposiciones. Puesto que el sociólogo político participa con el científico político y el sociólogo de un tremendo deseo de conseguir aceptación como miembro de un respetado grupo profesional, ha llegado a utilizar el indicador de votación fuera de proporción, comparado con su valor real. Así, a cambio de unos datos presumiblemente científicos, el precio pagado por los analistas

cuantitativos ha sido el fracaso en desarrollar una teoría del poder. El gran vacío entre el proceso electoral y el proceso de hacer decisiones ha servido para vaciar de contenido intelectual gran parte de la sociología política. Con todo, es también evidente que el análisis del poder que pierde respeto por la posición que tiene que tener la legitimación y autoridad en las sociedades avanzadas no necesariamente resuelve el problema que éste, tan hábilmente, ha planteado.

Punto y contrapunto en las teorías del poder

Hagamos algunas distinciones básicas. En primer lugar hemos de presentar las posiciones esenciales de un lado, tales como las de Floyd Hunter y C. Wright Mills, los neo-maquiavélicos, y entonces contrastar estas posiciones con las proposiciones de hombres tales como Lipset y Dahl, presentando las dificultades de ambos instrumentos analíticos.

1. El primer problema es la posición, ocupación y el status de los grupos de poder. De acuerdo a los neo-maquiavélicos los grupos de poder están apartados de las actividades ordinarias de la vida. Ellos se encuentran localizados en puestos de mando de las principales jerarquías institucionales y no están sujetos a las presiones, ya sean políticas o sociológicas, del hombre ordinario.

2. Un segundo punto, en apoyo de esta teoría de concentración del poder, es que mientras los individuos puede que no estén conscientes de la total medida de su poder, ellos, sin embargo, actúan de común acuerdo para defender su poder en condiciones de masa. Este tipo de poder es, por tanto, objetivamente real y no algo sentido subjetivamente.

3. El poder y la concentración de poder, debido a que son objetivos, pueden ser medidos por indicadores, a diferencia de los fenómenos subjetivos; esto es, la cantidad de poder puede ser medida, a diferencia, por ejemplo, de cierto tipo de status sentido subjetivamente. Es mucho más difícil medir algo que está fundamentado en la opinión de otros (como cuando el status es conferido por algo exterior) que desarrollar un sistema de poder, por cuanto el poder se mide de acuerdo a la energía expandida por el detentador del mismo-casi en el mismo sentido de la definición física de trabajo. En física, trabajo es definido por lo que es movido, no por la energía expandida; la analogía es cuántos hombres son empujados alrededor (como Lassvell dice), no simplemente la cantidad de empujones que lanza. En un sistema en el cual cada uno empuja en perfecto equilibrio, no hay sistema de poder, sólo

un sistema de energías en expansión. Lo que se mide, por tanto, es más la energía que el poder. Sin embargo, los millsianos señalan que el mundo realmente no es así; los individuos están en una posición desequilibrada, y el poder, a diferencia del status, puede ser medido. Con el fin de subrayar esto se aduce un cuarto punto.

4. A pesar de las diferencias en las fuentes de poder y diferencias en las intensidades del poder, los antecedentes del poderoso reflejan sorprendentes similitudes en status, medio ambiente y concurrencia a ciertas instituciones. Esas similitudes y exigencias ocupacionales llevan a un eslabonamiento formal e informal. Los patrones intermaritales de los ricos no son un accidente, ni lo son los tipos de las prácticas de ingreso en los establecimientos universitarios, gubernamentales y militares que se desarrollan desde la escuela privada.

5. Los que abogan por la concentración de poder indican el punto de que el poderoso tiene relativamente completo control sobre la entrada a sus filas, y que la movilidad política es cerrada, ya que el reclutamiento es hecho por los hombres del poder. Los ritos de paso al poder político son más secretos que los del paso a la fortuna social. La medida de la diferencia entre la movilidad política y social, por tanto, define la extensión del poder.

6. Todo el proceso de hacer decisiones es ampliamente ejercido por medio de un pequeño número de personas. Las decisiones hechas por los poderes ordenan a la población entera. Esto lleva a la proposición séptima.

7. El alcance del proceso de hacer decisiones es establecido por tres jerarquías institucionales principales: el estado, las corporaciones y las fuerzas armadas. La interrelación de las actividades de esas instituciones crea la base de la solidaridad política en contraste con la solidaridad social. Además, sus decisiones, actividades y tareas interdependientes ligan las áreas de control político con el poder económico.

8. Es bastante interesante, que conforme más alto uno sube en este sistema piramidal, más uno siente que la interrelación no es sólo de tareas sino de poder mismo. De acuerdo a este tipo de razonamiento, las partes del todo son intercambiables. Un día Mac-George Bundy puede ser Consejero Presidencial, y al próximo día, Presidente de la Fundación Ford. Mañana puede ser Fiscal General; el día siguiente, Director de la General Motors. El puede ser enchufado en varios sectores del poder sin mucha preocupación sobre su capacidad. Nadie pregunta sus cualificaciones; se supone que ellas son intercambiables.

9. La distancia que el poderoso hábilmente establece entre él mismo y la masa, o el público, le permite a aquél funcionar con un relativo alto grado de secretividad. Sus actividades son generalmente poco claras o incluso desconocidas para un público informado. Ellos son todos graduados universitarios, sus nombres pueden ser desconocidos —nombre dos directores de la Junta de Directores del Chase Manhattan Bank— sin embargo, son hombres de enorme poder. Un factor de invisibilidad hay envuelto en el mismo acto de poner distancia entre el poderoso y el público, y la entrelazada naturaleza de las relaciones de poder requiere invisibilidad para sus operaciones. Un hombre puede funcionar como un miembro de una junta de directores, como presidente de una junta universitaria, como cabeza de una empresa o de un sistema empresarial, o mantener un asiento en la Bolsa de Valores. Todas esas posiciones pueden envolver relativamente pocos hombres en el pináculo real. Un increíble gran número de personas han tocado el poder; sienten el poder, pueden olerlo, pueden gustarlo, pero nunca lo tienen. Varias teorías, desde las conservadoras, hasta las radicales, proyectan un consenso de poder en términos de un interés cohesivo, y admiten no sólo el control manipulador de una clase alta propietaria, sino que a veces caen en doctrinas de conspiración. Este ha sido un punto agriamente debatido. Los pluralistas han desacreditado tales teorías llamando a cada investigación sobre la conspiración “una teoría conspiratoria”, en cuyo punto cada uno se desdice por temor de ser acusado de sostener una teoría conspiratoria. Mientras tanto, la cuestión no es una teoría, sino si ocurre o no la conspiración. Decir que la teoría conspiratoria de la historia no es un buen instrumento para explicar la historia universal puede ser verdad, pero no es lo mismo cuando se dice que hubo una conspiración para matar a John F. Kennedy en una fecha dada. Esto puede que no requiera una teoría elaborada de la historia pero puede, no obstante, ser el caso. Rechazar a priori, es eliminar la posibilidad de análisis de una concentración de poder precisamente en esos términos. No estoy proponiendo una defensa de la teoría conspiratoria como un instrumento de explicación, sino reconociendo que hay realmente conspiradores, que hay hombres en la General Electric que son responsables de fijar los precios, y que el mismo tipo de hombres en Chrysler llama a la General Motors y pregunta en cuánto ellos van a subir los precios este año. El simple hecho de que uno pueda construir una teoría de la historia sobre tales conspiraciones no quiere decir que ellas no existen.

Los vengadores y la defensa del marco pluralista también disponen de un conjunto poderoso y completo de documentos.

1. El principal punto de la posición de Dahl, de la de Riesman y en general de la tradición jurídica alemana que arranca de Weber, es que la defensa de alcance limitado de los intereses inmediatos, a veces, prevalece sobre las provisiones del liderato de largo alcance, con respecto a los intereses de la clase dominante. Los hombres que hacen las decisiones no las hacen con un ojo en la historia; las decisiones son hechas pragmáticamente. Un hombre no contempla su papel en la jerarquía de poder cuando él tiene que hacer una decisión; las decisiones son hechas en base a cada día, no en base a la teoría.

2. Otros grupos institucionalizados en el sistema de frenos y contrapesos construyen la fragmentación dentro de la cultura política y limitan la dominación de cualquier grupo. Los intereses propios, los intereses locales y los diferentes tipos de intereses individuales llevan a la fragmentación del poder, así, quizás, el problema no es tanto la pluralización como la fragmentación; y la garantía, por tanto, para la democracia local descansa, precisamente, en el conjunto de fragmentación disponible.

3. Dentro de la organización de grupos hay un conjunto con sentido de equipo, lo que envuelve delegaciones de autoridad que no sólo proporcionan concentración en un sentido central, sino que también imponen límites sobre esta fuente central con el fin de cumplir con los asuntos. En una situación dada, en un nivel dado, las personas no requieren simplemente un sistema de mando; el despertar su apoyo envuelve un intercambio de instrumentos por los cuales uno obtiene cierto poder entregando cierto poder. El conjunto del sistema de Dahl es uno en el cual ciertos poderes políticos son trocados para conseguir la victoria en las primarias, o en la elección misma. No hay completa victoria, porque cada victoria es comprada dando o parcelando algo el poder del victorioso.

4. Extremadamente importante para esta noción de balance y contrapesos es que el contexto donde es ejercido el poder es amorfo. Este no exige una respuesta solidaria. Los límites al poder son psicológicamente sentidos y son aceptados por grupos de liderazgo así como por grupos de masas. Esta totalmente amorfa cualidad hace de la solidaridad política algo extremadamente difícil de mantener.

5. El amplio número de grupos de poder impide la posibilidad de cualquier liderato fuerte y de actitudes consistentes hacia los que mandan. Por ejemplo, la amplitud del sistema bancario en América hace muy difícil para un hombre el tener algo que decir en otras jerarquías bancarias. La interpenetración a través de la vasta estructura de los

Estados Unidos es dificultada, no debido a que el poder como tal, esté dividido, sino porque el alcance del posible desempeño está dividido.

6. La lucha política o las luchas de grupos sirven como un prisma de refracción de cualidades distintas, más que de cualidades comunes. Esta separación es inherente al carácter competitivo y a la función de las formaciones de los grupos de partido. La verdadera distribución del poder en los partidos establece un instrumento de juego. Este se establece en competencia, y comienza a reforzar la atmósfera competitiva aun cuando nada lo sustente. Así los partidos pluralistas o una multiplicidad de partidos puede servir para difundir el poder.

7. Dentro de una sociedad económicamente desarrollada hay una alta movilidad social. Esta movilidad social impide cualquier concentración de poder político, ya que las formas de avance no están limitadas a los movimientos políticos. Debido a esto es posible ganar riqueza, y es posible para ganar acceso a las fuentes sociales de la solidez. Esta por sí misma delimita la esfera de la autoridad. Sin embargo, muchos hombres que tienen todos los tipos de riqueza económica no tienen al poder político. Hombres que emplean 150 personas pueden que no tengan la más pequeña idea de los intereses poderosos, mucho menos, acceso a las fuentes del poder nacional. La movilidad social intensifica el vacío entre las formas del poder y actúa como un instrumento de pluralización.

8. En este contexto de actividades plurales, el sistema de poder en el cual el aparato político opera, es un instrumento regulador, que está dirigido en última instancia a la idea del estado mismo, el cual funciona como un sistema regulador, ¿Qué fue el Nuevo Trato sino un imperfecto sistema regulador de la gerencia y el trabajo? El poder del Nuevo Trato derivaba de un relativo equilibrio de otros factores sociales, y por tanto exigía un tipo diferente de opción. En condiciones de relativa estabilidad, el pluralismo es alto. El desequilibrio ha polarizado las facciones.

9. Así como el aparato del estado puede actuar como un corredor entre el trabajo y la gerencia, un estrato total de la sociedad refuerza esto al constituirse en intermediario representativo de las posiciones medias, no entre las clases que mandan y las clases trabajadoras. Este sector de la sociedad tiende a convertirse en la fuente del poder del aparato del estado y crea las condiciones para balancear, en lugar de las condiciones para dominar. El resultado es que en lugar de tener una

clase que manda que es al mismo tiempo la clase alta, la clase dominante puede ser la clase media.

10. De acuerdo a los pluralistas, lo que determina el poder son relaciones horizontales más que jerárquicas. El poder está determinado por la posición de uno dentro del grupo estructurado; no está determinado por el estar en el vértice de la pirámide. Por ejemplo, Morris Fishbein era el presidente de la Asociación Médica Americana. Su poder derivaba del sistema muy estrictamente formal dentro de esta organización. Eso le daba poder nacionalmente, no poder nacional directo. Probablemente es cierto que este tipo de líder profesional es más poderoso que el gobernador de Nebraska. Si es así, en lugar de tratar con conceptos de poder de acuerdo a una teoría de élite piramidal, uno deba tratar con una teoría horizontal del poder.

Sobre Democracia y Élités de Poder

Esas dos teorías alternativas definen lo que es la sociología política al nivel del poder y de los políticos. Mis propios hallazgos se inclinan hacia las teorías de concentración de poder; sin embargo, no niego una buena parte de lógica en la posición pluralista. El problema es cómo el pluralismo se manifiesta, y bajo qué condiciones. El pluralismo como ideal es ciertamente más atractivo que un sistema de poder élitista monista. El debate puede que no sea uno descriptivo, sino un problema de planificación social. ¿Cómo se construye un diseño pluralista dentro del orden social? Esas cuestiones tienen que ver tanto con una ciencia política aplicada como con la sociología; no simplemente con una descripción del mundo, sino con la modificación de este mundo.

La diferencia fundamental entre hombres como Dahl y Bell de un lado, y Hunter y Mills del otro, es que los primeros creen que tenemos ya una democracia, y los últimos creen que tenemos un sistema democrático del siglo XIX. Esta es realmente la esencia del gran debate sobre la democracia. Los cargos contra Mills hechos por los pluralistas, en particular los que tienen que ver con esta cuestión de la nostalgia—esto es, ellos sostienen que la “democracia” de Mills es realmente una concepción populista eliminada del municipio no hace mucho, la cual es altamente inapropiada para cualquier complejo industrial urbanizado. En verdad, hay momentos en que uno siente que Mills está atacando al complejo industrial urbano o la falta de democracia en tal complejo. El tiene muy pocas buenas cosas que decir del urbanismo.

Parece estar más preocupado con el restauracionismo. Sin embargo, los cargos de Mills en contra de los pluralistas no son menos acres. Su mayor acusación es que los pluralistas se entretienen en el celebracionismo. Esos hombres no están dando análisis descriptivos: están celebrando el presente, como si el sistema de dos partidos hubiese sido implantado por la divina providencia. Hombres como Dahl, en la visión de Mills son los Hegel del siglo xx. Ellos describen el caso perfecto. Uno nunca entiende después de leer a Dahl por qué hay todavía alguien turbado por la vida americana. La cuestión se convierte en la relación entre restauracionismo y celebracionismo.

Élites de Poder y Efectos de Veto

The Power Elite ha sido objeto de considerable controversia que apenas ha menguado con el tiempo. En el curso de la discusión crítica del estudio clásico de Mills, los comentarios coleccionados sobre sus otros trabajos principales, producen inteligentes ideas sobre la relevancia de *The Power Elite* con respecto a los otros libros de Mills. Después de todo, cuando un científico social en América produce un libro que intenta evaluar la sociedad de Estados Unidos como un todo, tal esfuerzo es imposible de ser ignorado. Lo que es más, Mills escribió en el tono moralmente cargado de denuncia, lo que invita al reto.

The New Sociology (1964) es una antología que intenta evaluar el impacto de Mills en su profesión, y sobre la ciencia social en general. Unos colaboradores destacan y tratan varios problemas escribiendo "en el espíritu" de las ideas principales de Mills, mientras que otros intentan analizar al hombre y su trabajo como un todo. *The New Sociology* contiene algunos de los comentarios más simpáticos que se puedan encontrar desde muchos puntos de vista y que representan muchas disciplinas.

Ralph Miliband (1964, págs. 76-87) relaciona *The Power Elite* (1952) con el más antiguo *The New Men of Power*, y es por esto que es útil el considerar los comentarios de Miliband. En *The New Men of Power* (1948) un estudio del liderato obrero norteamericano y del sindicalismo publicado en 1948, Miliband ve importantes claves conceptuales para *The Power Elite* y para la visión política general de Mills. Rechazando una visión de Mills como necesariamente "representativa" de una generación, y considerándole como un escritor único, Miliband sin embargo, ve a Mills como una de las expresiones finales de las esperanzas engendradas por la era de Roosevelt. Aquellas esperanzas estaban ligadas a la fe de que los Estados Unidos

se convertirían en una sociedad progresista por medio de una alianza política entre los cuellos azules, los cuellos blancos y los intelectuales. Esta esperanza, sin embargo desvanecida, permanece como ideal para los críticos y defensores del poder de los Estados Unidos.

Mills traslada esta idea de alianza de clase de *The New Men of Power* de 1940 a *The Power Elite* de 1950. Desde el punto de la Era de Roosevelt, Mills llegó a ser un crítico de la "condición americana". Las apelaciones frecuentemente aplicadas a él como radical, ideólogo, socialista — fueron inadecuadas y arrancaban de las comparaciones de los estilos políticos de los Estados Unidos con los de Europa. En verdad, Mills no fue ni suficientemente doctrinario ni apocalíptico para una designación tal. Lo que le enojaba era la nación-estado como objeto de lealtad. El esperaba atacar "esta vaca sagrada" — la más amplia meta ideológica de sus observaciones sobre instancias específicas de poder. Fue parcialmente sobre esto que su estudio de la Revolución Cubana, *Listen Yankee*, se escribió y de lo que deriva su fuerza. Las lealtades habrían de tenerse a valores y convicciones, más que a objetos de culto como la nación-estado. Miliband cree que este antinacionalismo daba a Mills una independencia liberal clásica y proporcionaba el sentido ideológico que rezuma su trabajo.

A pesar del posible nihilismo en un negativismo tan marcado, Miliband, entre otros, ha señalado la "fe en la razón" de Mills y el uso del conocimiento por unas personas iluminadas, como una opción constructiva a la decadencia. Mills fue antiburocrático, antielitista, y contrario a estar ligado a los que mandan. El se apoyaba ampliamente en el humanismo Occidental clásico para los elementos de protesta en su trabajo.

Al buscar, o quizás al heredar la búsqueda de una completa alianza obrero-intelectual según el clásico liberalismo de un "público ilustrado" el interés de Mills por el movimiento obrero en *The New Men of Power*, se convirtió en un estudio del poder como tal. No manifiesta traza alguna de la doctrina obrera utópica; en verdad, no la de su gusto. Sin embargo, utilizando tal fuente, así como a estudiosos e intelectuales de todas partes, Mills da algún cuerpo concreto al "público" que podría contrarrestar una élite irresponsable. En este sentido, *The Power Elite* revela líneas de continuidad con *The New Men of Power*.

Anatol Rapoport (1964, págs. 94-107) ha considerado "la relevancia científica de C. Wright Mills". Este gigante innovador por su propio derecho también aprecia el esfuerzo humanista en el análisis del poder de Mills en *The Power Elite*. Pero ve Mills la confirmación de su relevancia científica; esto es, él considera el trabajo de Mills como ilustrador de un humanismo científicamente informado. En la

crítica de la "trivialización" sociológica, Mills demuestra sus lealtades y capacidad para incorporar esta relación en su obra. Logró llenar el vacío existente de entre lo "macroscópico" y lo "microscópico" en la investigación social. Ayudó a centrar la sociología en la obtención de "descubrimientos" relacionados con problemas sociales urgentes y significativos. Rechazó el ritualismo de las metodologías microscópicas y la irrealdad de las grandes, (cosa más profana que teorizar), y buscó unir la concreción y la amplitud de visión en una exposición sociológica sobre el poder, relevante tanto científica como sociológicamente.

Críticos y ensayistas han señalado repetidamente el compromiso moral y la lealtad a la Iluminada fe en públicos informados así como su disgusto con la negligencia intelectual al conformarse con el ritualista, respetable y fofo realismo. El efecto radical de *The Power Elite*, no estuvo en la fundación de escuelas de teoría del poder, sino más bien en dar una fuerza moral al pensamiento sociológico sobre problemas sociales en gran escala. El libro cumple un papel único en restaurar la conciencia del uso científico de la teoría del valor y por tanto agujerea las posturas sociológicas wertfrei. En su propio ejemplo literario, buscó superar la "enfermedad moderna" de la enajenación y la impotencia.

Andrew Hacker (1964, págs. 134-146) comienza señalando la queja de los críticos de vaguedad y ambigüedad en los argumentos de Mills en *The Power Elite*. Todos se quedaron perplejos ante el hecho de que Mills no estipulaba o designaba "las grandes decisiones" que se suponían eran centrales para la formación de la élite del poder. Hacker defiende a Mills al adherirse él mismo a su duda. Concede que Mills dejó algunos "asuntos inacabados". Concede el carácter genuino de la democracia en América y la dignidad pública en ésta. De hecho, los que hacen las decisiones saben que es necesario que se ajusten a este sentimiento.

Sin embargo, la más elevada élite de los que toman las decisiones, no están particularmente impedidos por la democracia ni enojados con ésta. De hecho, ésta es mucho más segura para que el público "expulse el vapor". El público necesita tener imágenes para distraerse de los hechos. De esta manera, dice Hacker, el funcionamiento del gobierno puede ser llevado a cabo en la cima sin gran peligro de interferencia alguna. La visión convencional rechaza la libertad de acción al nivel de élite. Los hombres de negocios, los líderes de las corporaciones, el Presidente, todos alegan que están "acosados" por todos lados. El punto estriba en si las restricciones que hacen a la élite sentirse amartillada son de significación real comparadas con las áreas en las cuales ellos ejercen una autoridad relativamente sin restricciones.

Grandes corporaciones no van a la bancarrota incluso cuando son ineficientes. Cambalaches y reorganizaciones las mantienen en marcha cuando es necesario. Sin embargo son autónomas a la hora de determinar precios a pesar de los ocasionales gritos desde la Casa Blanca. Ellas no necesitan someter sus planes a la aprobación de ninguna agencia del gobierno. Llegan hasta el límite extremo del mercado más o menos. Los accionistas obtienen sólo una modesta porción de los beneficios y ello es generalmente aprobado por encima de ellos sin discusión. Los salarios están sujetos a contratación colectiva, pero esto ayuda al obrero a mantener el status quo. La participación relativa de los beneficios de la corporación que van a salarios permanece estable. Los estilos de vida de los ejecutivos y sus salarios son los modelos de aspiración para la sociedad de masas.

La élite corporativa decide los tipos de trabajo, y cuántos son los disponibles. Ellos deciden dónde localizarán sus plantas, el tamaño de la inversión, la estimulación de ventas, y retención de productos. La distribución de capital o inversión permanece como la decisión más importante hecha por la élite corporativa. Sus decisiones establecen el orden de prioridades de la nación, y en última instancia los valores y conducta de la sociedad. Aquélla es libre para decidir cuándo el poder a su disposición no debe ser usado. Han sido indiferentes a los problemas de derechos civiles o políticos. Hay poca política de altura o liderato social.

Hacker insiste que en el rechazo por parte de Mills de las teorías de conspiración es claro y nada ambiguo. Se hace manifiesto al mostrar un conjunto común de asociaciones e intereses que la élite establece como su imagen pública. Sin embargo, la élite no es vista como una clase. Aún el término "capitalista" no es aplicado por Mills en su sentido tradicional. Hacker se lamenta de que América va cayendo en un camino y ésta no ha dado el consentimiento para tal viaje—Mills entiende esto— y no parece que haya alternativa en el presente.

Mills ha sido criticado y ha tenido sus cruzados. Nosotros debemos ser capaces de tomar sólo las más interesantes y etimulantes de esas "elevadas" críticas. Daniel Bell, Robert Lynd, Talcott Parson y Robert A. Dahl han hecho importantes críticas a *The Power Elite*. Vamos a resumir cada una de ellas brevemente.

En *The End of Ideology* (1958), Bell considera que *The Power Elite* no es una descripción de una instancia específica de la distribución del poder, sino un esquema para el análisis del poder. Para él, Mills está tratando con un aspecto de la "comedia de la moral". Sostiene que Mills escribe en "vívica metáfora" rodeado por estadísticas, y que parece guiado por la moral de Balzac de que "detrás de cada fortuna

hay un crimen". Bell ve *The Power Elite* como estática y ahistórica debido al desprecio de Mills por la influencia de la ideología en la conformación de la conducta socio-política de los hombres en su propio tiempo. *The Power Elite*, entonces, es una jerarquía de "órdenes" más que la organización del poder en un momento del tiempo. Es un "modelo" más que un análisis histórico.

Bell sostiene que Mills intercambia impropriamente términos tales como "instituciones" y "dominios" y los confunde con sectores órdenes. Por esto, hablar de una prioridad de ciertos órdenes sobre otros no es decir mucho. Eso es ignorar cómo, y por qué, se mantiene tal orden de prioridades, y el sistema de creencia que perpetúa aquél e influencia su curso histórico.

De acuerdo a Bell lo peor es que Mills carece de una definición de poder. Para Mills, éste no es sino dominio, pero falla al no establecer las normas, valores, tradiciones, problemas de legitimidad y liderazgo en relación al poder, lo cuál daría a ésta sustancia concreta en el contexto presente.

La noción de una élite de poder en los puestos de mando de las instituciones es un ejemplo perfecto de argumentación metafórica. Estas instituciones son como bloques de granito, con cabezas. No son abstracciones o ideas. Aun cuando esas no sean de valor fundamental su significación es, no obstante, mal entendida. Es lo que la persona hace y piensa lo que le da acceso al poder, aún dentro de las instituciones más grandes. El localizar un estrato cumbre no concuerda con la actual distribución del poder. Bell se lamenta de la vaguedad de Mills sobre lo que son "las grandes decisiones" o sobre su significado. Mills se aproxima, aunque la rechaza, a una teoría histórica de la conspiración, y por implicación, a la idea de una perfecta cohesión de la clase dominante. Mills, se ha dicho, no describe lo que une o desune a la élite, puesto que no incluye o aprecia el papel de las ideas y los problemas en su interacción. Y las ideas y los problemas son para Bell el "meollo" de la política. Así, Mills fracasa en ver el conflicto de intereses, y no provee explicación sobre cómo la centralización resiste las tendencias disociadoras.

Debido a que Mills fracasa a la hora de distinguir prestigio y poder, de honor y violencia, no puede determinar las consecuencias de lo primero al dirigir las creencias y patrones que producen lo último. No nos dice qué constituye el honor, o por qué el poder se desborda en violencia. Meramente indica de dónde se deriva el prestigio dentro de la jerarquía institucional. Este no explica por qué algunos valores son brutalmente combatidos y por qué otros están limitados al juego político.

Las "grandes decisiones" de Mills, de acuerdo a Bell, se reducen a la política exterior y a las decisiones bélicas, más que a las actuaciones políticas en las instituciones domésticas, donde más niveles en el proceso de hacer decisiones están envueltos. Esas decisiones están unidas a la violencia. Mills es acusado de no reconocer que lo que detiene a la élite militar de dominar las más elevadas decisiones, es el hecho de que la estructura de poder norteamericana centra las decisiones de guerra en la oficina presidencial, y este poder frenado por el Congreso. Esas grandes decisiones están colocadas en la presidencia por mandato constitucional. La confianza presidencial sobre el personal militar experto no es por tanto equivalente a la "ascendencia militar" debido, especialmente, a que las decisiones sobre la violencia se basan en la situación mundial (no meramente sobre la experiencia militar) que asesora actualmente las decisiones de política exterior. Mills considera el hecho de que los líderes son responsables de las decisiones, y convierte lo obvio en un descubrimiento sensacional para satisfacer un resentimiento popular del poder. Al evitar los problemas diarios, da a su trabajo un exótico atractivo europeo. Su rechazo general de la experiencia concreta americana le lleva a una "obsesiva supersimplificación".

De acuerdo a Bell "élite de poder" es una frase resbalosa que permite al científico social ignorar el carácter básico del sistema social. Así hay poco en Mills para diferenciar los Estados Unidos y la U.R.S.S. El Tribunal Supremo en su papel vital de aprobar o rechazar un cuerpo legal y declarando lo que constituye interés nacional y otros intereses, es ignorado por Mills. Bell señala que el Tribunal Supremo ha sido de absoluta importancia en este respecto. Para Bell, *The Power Elite* es meramente una "polémica" contra aquellos que dicen que en los Estados Unidos las decisiones se consiguen democráticamente.

Por supuesto, que los críticos tienen puntos de vista en común, y ciertamente hay considerable repetición en las críticas. Robert Lynd (1956) simple y claramente plantea la cuestión de a dónde ha intentado ir el libro y entonces procede a hacer una crítica de Mills que en algunos aspectos es paralela a la posición de Bell —pero sin su acidez.

Lynd se ha ocupado del problema de desarrollar una teoría del poder en una democracia desde los días del Middletown (1929). Para él, el poder es un recurso social absolutamente necesario para la operación de la sociedad. Como la energía física, éste puede ser conscientemente dirigido hacia el bienestar humano o corromperse por mal uso. Es una responsabilidad, por tanto, de todos los teóricos del poder el determinar las metas y tareas democráticas para una operación social dada y la mejora de una vida nacional democrática. Como Mills, Lynd está preocupado con los usos y aplicaciones apropiados del poder, quien

ha encontrado también, que se ha abusado de él por parte de grupos élites. Con todo increpa a Mills por el fracaso de éste en el intento de un análisis del poder que ampliase su significado, especialmente para la democracia. Un tono de denuncia moral no es suficiente. Como resultado, la tarea principal para el observador del poder es desarrollar una teoría del poder para una sociedad dada. Esto no fue, según Lynd, lo que Mills pretendió. Aun cuando Lynd está básicamente de acuerdo con la visión de Mills sobre la vida institucional americana, no está de acuerdo con éste en la falta de compromiso con respecto a un ethos liberal democrático y consecuentemente encuentra que su ambigua "exposición" carece de concreción así como de metas significativas.

Lynd también encuentra el análisis de las élites en las ciencias sociales, en líneas generales, limitado, cuando no desagradable, ya que éste confunde o ignora las características básicas de una nación y un sistema social dados. Esto produce un descuidado tipo de análisis superficial de "pisa y corre" que equivale a no querer tratar con el capitalismo, ni el socialismo ni la estructura de clases. Para Lynd el pragmatismo de Mills es menos atractivo aun cuando se ve como una pobre base para el análisis marxista.

Debido a que Mills se concentró exclusivamente en las diferencias entre la presente y la pasada condición, Lynd sostiene que a aquél se le escapa la importante continuidad entre el presente capitalismo americano y el del siglo XIX. Esto parece surgir de su falta de análisis sistemático de la economía americana. Al concentrarse en los "grandes cambios" no se da cuenta de la propiedad como base del poder. No obstante, es ésta la característica principal del sistema, y no ésta o aquella institución dentro del orden social. Por tanto, el carácter capitalista de las instituciones económicas de los Estados Unidos es considerado por Mills como si éste fuera un mero acceso a la élite más que la cualidad que define la vida económica en los Estados Unidos desde el momento mismo de la Revolución.

Talcott Parsons ha hecho unas significativas críticas de Mills desde un marco más conservador (1960, 199-225). El da considerable importancia a *The Power Elite* debido a que éste es uno de los pocos trabajos de un científico social americano que intenta dar una interpretación general de la sociedad americana como un todo. Parsons comienza tomando como problema el uso que Mills hace de algunos términos, por ejemplo el significado económico adscrito a "clase", la vaguedad de "altamente inmoral" y así por el estilo. Considera que Mills es poco concreto sobre las relaciones entre la élite del poder y otros elementos de gran prestigio en la estructura de la élite. Pero sus dudas son más fundamentales que ésta.

Parsons pregunta si el reclutamiento de los "muy ricos" ha mostrado un brusco incremento por medio de la herencia en lugar del esfuerzo propio. El argumenta que Mills les atribuye más influencia en el proceso de hacer decisiones que el que en verdad disfrutaban, y hace hincapié, fuera de proporción con la realidad, en el papel de la propiedad como razón de ser de la influencia de los grupos propietarios. Por esta razón, también Parsons sostiene que Mills erróneamente fusiona los "muy ricos" con los "ricos corporativos" haciéndolos aparecer como si constituyesen una sólida jerarquía corporativa, cuando de hecho, son distintos grupos. Parsons también argumenta que el tratamiento que Mills da al "directorio político" es flojo debido a que hace aparecer a éste como infiltrado por los negocios, dejando así poca o ninguna independencia a la acción política. Mills concede independencia únicamente a los militares, pero sobre unas bases que podrían ser igualmente fácil de admitir para sostener la autonomía de la política.

Parsons sostiene que el incremento de la influencia gubernamental es grande y muy real. Por tanto, su influencia tiene considerable autonomía. Esta no está dirigida por los intereses comerciales, no obstante, decisiones afines con las últimas pueden hacerse de tiempo en tiempo. Esta influencia gubernamental hace al "directorio político" altamente independiente. Precisamente su independencia es el producto de la posición mundial de los Estados Unidos y de su correspondiente maduración industrial. Sin embargo, esto parece manifiesto sólo debido a la vida apolítica de Estados Unidos en el siglo XIX. Esta fue acrecentada por un énfasis cultural sobre los valores económicos, un activista sentido de la empresa, y la producción, los cuales vinieron a reforzar su desarrollo.

Se ha dicho de Mills que mira hacia atrás nostálgicamente, hacia el jeffersonismo, una doctrina que fue incompatible con la industrialización; el jeffersonismo, sin embargo, puede que hubiese preservado la descentralización, pero habría impedido la industrialización. La élite familiar local, la unidad familiar, aun cuando ésta preservase la "dispersión del poder" y así preservara los valores competitivos, también habría impedido el avance de la industrialización. La economía y la familia jeffersoniana basadas localmente no permitían la diferenciación de la producción económica de otras funciones dentro de una organización especializada. En lugar de ello, proveía una unidad de producción que era al mismo tiempo una unidad de parentesco y una unidad de comunidad ciudadana.

El desarrollo ha traído la especialización y la diferenciación estructural. El liderato se convierte en algo más especializado, como

función social. El crecimiento de un sistema industrial a todo lo largo y lo ancho de la nación es el resultado de la especialización y la madurez industrial. Hay especialización en tres niveles: (1) en las organizaciones de la producción económica (2) en las funciones dentro de la economía y (3) en la diferenciación de clases dentro de la sociedad.

La concentración está unida a la necesidad de administrar eficientemente las unidades de producción, al mismo tiempo que permite totalmente numerosas tareas especiales y las destrezas necesarias para llevar a cabo la producción dentro de una economía industrial madura. La cuestión real en que Parsons insiste es que Mills debería haber planteado si la concentración ha ido demasiado lejos a causa de factores extraños al desarrollo. Mills supone que la concentración excede los límites de la eficiencia. Parsons sostiene que Mills no ha presentado evidencia alguna y se ha contentado con señalar el hecho de la concentración. Parsons además señala que la participación relativa en los beneficios de las firmas más grandes ha sido estable —y la misma— durante más de una generación. Este señala más un equilibrio que un exceso. Parsons pregunta si el poder de las clases gerenciales y ejecutivas se ha incrementado desordenadamente, y pone la carga en Mills para demostrar esto. Parsons, a diferencia de Mills, separa los poseedores de fortuna (muy ricos) de los ejecutivos (ricos corporativos). Las fortunas familiares todavía están grandemente concentradas por medio de la propiedad. Las grandes corporaciones son todavía más la excepción que la regla. En la mayor parte de las veces, los ejecutivos no adquieren las fortunas en la vida corporativa que eleva su status y posición. Avanzan más por promoción que por propiedad; y el control del proceso de hacer decisiones está en sus manos en lugar de estar centrado en la familia propietaria.

Los primeros "capitanes de la industria" fracasaron en obtener o en emplear las ventajas acumuladas para consolidar su control en sus empresas. Hubo factores que operaron en contra de las ventajas acumuladas. La principal presión fue la de ligar la responsabilidad ejecutiva con la competencia en tal manera que los atribuidos derechos de propiedad tuvieron que ceder ante las funciones ocupativas de los "profesionales". Hay dos maneras en que Mills oculta este cambio, de acuerdo a Parsons.

Mills continúa hablando de poder dentro de la economía como basado éste en la propiedad. Aun cuando es, frecuentemente, desde el punto de vista legal, verdad que el control queda en manos de los accionistas, esto no es sustantivamente cierto. En la empresa familiar de viejo estilo, todavía predominante en el sector de los pequeños negocios, las funciones de gerencia y propiedad están fundidas en

las mismas personas. En las grandes empresas, aquéllas han llegado a estar grandemente diferenciadas. Los bonos y los grandes salarios de los ejecutivos no los debemos interpretar como control ejercido por los detentadores de la propiedad. Las relaciones de las actividades comerciales con la estructura de poder han sido alteradas a través del proceso de especialización, y no por medio del control de propiedad.

A diferencia de la aseveración de Mills, el proceso de reclutamiento en los altos estratos de la economía opera casi totalmente por medio de nombramiento, aunque esto está relativamente estructurado. Mills insisten que las cualificaciones tienen poco que ver en este proceso. Sin embargo, la ausencia de un procedimiento formal de entrada no prueba su aseveración. Aun cuando es verdad que "las ventajas acumulativas" tienen algo que ver con respecto a los altos niveles de remuneración de los grupos de altos ejecutivos, esto es diferente a hacer una fortuna dentro de la estructura de poder.

Dada la naturaleza de la sociedad industrial, Parsons indica que es de esperarse que se desarrolle una élite o un liderato bien definido en las actividades comerciales.

El poder no puede estar difundido igualmente en pequeñas unidades tal como la ideología de pequeños negocios lo haría. La élite industrial ya no es una de propiedad. El centro de gravedad ha cambiado a la gerencia profesional. Sin embargo, Mills tiene razón al presentar que el reclutamiento se obtiene grandemente en los grupos de alta clase. El problema de una élite dentro de la economía es necesario que se diferencie del de una élite en la sociedad como un todo. "Elitismo" es usado por Mills para indicar "mando" sobre la sociedad. Parsons sostiene que Mills debería haber separado las profesiones de alto prestigio dentro de las clases más altas, de aquellas que tienen poder, en lugar de aglomerarlas todas en una categoría.

En una sociedad compleja, el foco principal del poder descansa en su sistema político. El primitivo sistema de poder de los Estados Unidos se quedó atrás de su sistema político. Desde el fin del siglo diecinueve, el mecanismo del control político ha crecido para controlar el sector económico. Parsons acusa a Mills de implicar erróneamente que este proceso ha sido al revés; dice que Mills no acierta a entender el papel de las organizaciones políticas, tales como los partidos políticos, en la estructura de poder. En el sistema americano, la oficina presidencial es el precio de los partidos políticos. Esta integra el sistema político y provee un foco para éste. Para la rama ejecutiva, el tener un extraordinario prestigio así como grandes poderes es natural y necesario para la integración política a nivel nacional. Puestas las cosas así, no tiene fundamento que Mills mire a éste como un

poder inordinado, o puede implicar que éste es parte de un directorio político manipulado por los industriales o por los intereses militares.

Parsons insiste en que Mills exagera la importancia de los militares. Si bien Mills ve a los militares como llenando un vacío en el proceso de hacer decisiones, dice que ignora los cruciales momentos en que los militares no han sido tomados en cuenta. Esto es de importancia para ilustrar la tendencia de Mills a tomar tendencias de corto plazo y generalizarlas como hechos esenciales de la sociedad. Mills además subestima el papel de los tribunales y los abogados en interpretar, legitimar y trasladar las encarnaciones legales de poder a los términos por los cuales los miembros de la comunidad están de acuerdo en vivir. Su concepción del poder es la de un juego de poder sobre otros. El poder no es simplemente una destreza para desempeñar una función, sino un recurso social básico.

Como resultado, Mills es insensible a aquello que ata al pueblo a sus posiciones, a su liderato, a sus tareas —las iniquidades aparte. El se concentra exclusivamente sobre aspectos distributivos: quién tiene el poder, qué intereses son servidos. Ignora cómo éste se genera y qué funciones comunales son servidas. El resultado es un tratamiento parcial y selectivo. Mills escorza el proceso social, y el resultado es que los efectos de corto plazo son tomados con factores de largo plazo. También tiende a pensar del poder como algo "presuntamente" ilegítimo. Fuera de uno de los tres tipos de utopismo filosófico esquematizados por Parsons, se ha dicho que Mills participa de una sospecha socialista sobre los intereses privados y una noción utópica del control público.

Aunque las críticas a *The Power Elite* de Mills han tenido una amplia difusión, se han llevado a cabo estudios empíricos que implícita o explícitamente han buscado responder, o traer a colación las ideas principales de Mills. El más notable de esos trabajos ha sido *Who Governs?*

Este estudio, aun cuando implica que *The Power Elite* es cuando menos una supersimplificación, revierte a Mills al contradecir las conclusiones establecidas en su trabajo. En verdad, ni Mills ni Dahl están específicamente preocupados con la naturaleza del poder y su relación con el sistema socio-económico. Ambos enfocan la distribución del poder en un contexto moderno (más que específicamente socialista o capitalista). Ambos están interesados en la efectividad de las normas restrictivas del ejercicio del poder político. Con todo, esto es como si Dahl hubiese decidido deliberadamente que si Mills lleva razón en el contexto más amplio, esto habrá de ser corroborado en cualquier estudio de la comunidad. Y esto es precisamente lo que las

premisas de Mills no conllevan. Para alcanzar el "punto modal" donde el poder de hacer decisiones pasa a las manos de una élite de poder, el recorrido necesita ser hecho a escala nacional. Aislar las partes del sistema mayor es concentrarse sobre lo que es aislable y no necesariamente sobre lo que es esencial.

Dahl traza ricamente la historia de la ciudad y los antecedentes de sus personas dirigentes. Comienza con la premisa de que históricamente el ejercicio del poder se ha movido de una oligarquía que manda en un contexto relativamente simple e indiferenciado, hacia una comunidad pluralista democrática en un contexto complicado y altamente especializado. Este movimiento ocurrió primero como parte de las complicaciones crecientes y las fragmentaciones impuestas por la sociedad industrial; y segundo, al someterse a las presiones de dominación por parte de aventajados grupos étnicos, de hombres de negocios, clase media y baja. La ruptura de la oligarquía fue asegurada por la especialización y las presiones de las masas. El pequeño y aristocráticamente orientado grupo dirigente no podía, y finalmente no habría de resistir esas tendencias de democratización.

Una proliferación de nuevas demandas le fue exigida al gobierno. Una fragmentación de áreas de influencia le siguió. Los políticos ya no podían por más tiempo circunscribirse a las prácticas de las limitadas y pequeñas altas clases. Como siempre, las clases bajas permanecen sin los recursos adecuados o las elevadas motivaciones para presionar su influencia sobre el gobierno, y por tanto, la maquinaria política está en gran medida manipulada por muchos grupos de tipo medio cuyos distintos intereses solapados han traído un estilo político de varios modelos de coaliciones. Más aún, el poder y la influencia están fundamental, sino enteramente, centrados en los políticos, quienes no operan por medio de un directorio guía o secreto fuera de la maquinaria del gobierno.

Debido a la dispersión de los beneficios y recursos para los grupos de clase media y a las desventajas para los grupos de clase baja, la política es un sistema de interacción con grandes centros de influencia, en gran medida ocultos para el exterior. La influencia cristaliza sobre problemas más que sobre líneas de clase, y los varios intereses sobre un problema ponen de manifiesto un estilo fijo de coalición pragmática a los políticos. Esto tiene lugar en un contexto en el cual se cree ampliamente que las normas democráticas imponen límites a la concentración excesiva de poder.

Dahl participa con Mills de una preocupación sobre la ambigüedad de los orígenes e intensidad del poder. Pero aparte de unos pocos parecidos superficiales, las similitudes acaban aquí. Dahl

desarrolla una elaborada estructura, repleta de detallados cuadros, sobre la naturaleza del público. El público no está excluido de las grandes decisiones, y su alejamiento de los principales problemas es virtualmente una decisión propia, más que un plan ingeniado "desde arriba". Partiendo de una interesante hipótesis, Dahl encuentra que este público está siempre galanteado en tanto en cuanto que electorado, y su temperamento y diferentes intereses son alimentados, excitados y cuidadosamente tenidos en cuenta en la más alta política. En cuanto a que el público es ignorante y desinteresado, éste no es más que un resultado natural de las diferencias en ocio, recursos, ventajas, educación, motivación e intereses. Las oportunidades presumiblemente están siempre disponibles para las élites, pero como en todas las sociedades, hay numerosas otras pretensiones e intereses que imponen límites a la participación y a las actitudes de participación. Consecuentemente, es de esperarse el que haya una concentración de recursos e influencia política en manos de aquellos que se dedican totalmente a la práctica política fuera del interés o conveniencia personal.

El perspicaz análisis de Dahl, al concentrarse sobre la comunidad, no es distinto de los análisis sociológicos de los años 40, los cuales también consideraban el problema de las clases desde el punto de vista del pluralismo. Este es punto crucial del problema —el área de concentración. Debido a la concentración exclusiva sobre la maquinaria política e ideológica y composición de la ciudad, ya sea ésta típica o no, se sacrifican otros problemas. Por ejemplo, un enfoque "millsiano" habría buscado los obvios lazos económicos de una ciudad de clase media como New Haven con sus vecinos gigantes, New York City, o Boston. Más aún, Mills no habría negado, ni nunca negó, la efectividad popular en el gobierno local sobre problemas locales. Su argumento descansa sobre en qué grado esta unidad de poder puede ser suficiente para jugar un papel en el cuadro nacional más amplio. Por ejemplo, él habría intentado medir en qué grado cualquier alcalde de New Haven podría conseguir una voz política significativa fuera de su electorado inmediato. Para Dahl, esto no es una cuestión seria, para él lo es el examinar la corriente de interacción en uno de sus "remolinos" —New Haven. Para Mills, ésta es una cuestión de suma importancia, ya que el acceso al poder está basado en la adquisición de un cargo en una jerarquía. Cargos menores son escalones para los más elevados, la entrada a los cuales es el logro de un poder significativo. Mills no habría examinado New Haven para medir el poder del alcalde, sino "el cargo de alcalde" en un contexto nacional.

Dos puntos iniciales diferentes, y no meramente puntos de vista, cuentan pesadamente para las amplias diferencias entre Dahl y Mills.

Así, lejos de proveer una respuesta a *The Power Elite*, el punto de vista desde la comunidad necesita ser compensado con un enfoque "nacional" en la sociología política.

Mills y sus críticos: un resumen

Aun cuando los críticos de Mills son sagaces y conocidos, y clarifican muchos problemas importantes para una discusión de la naturaleza, función y división del poder en momento dado, no explican el carácter permanente de *The Power Elite*. Este es un trabajo que iba dirigido a las peligrosas tendencias del poder en un momento en los Estados Unidos cuando pocos pensaban seriamente meterse con compromisos morales al examinar el poder. Los Estados Unidos estaban emergiendo del crepitante Macartismo. Uno de sus efectos fue crear una fachada de poder gubernamental que fue inequívocamente opresivo. Más aún, una evaluación crítica de la gran celebración americana de su propio poder después de la II Guerra Mundial se hizo necesaria como efecto antiséptico contra la vanidad nacional y para llamar la atención de que las posibilidades de tal poder podría dar el traste con algo del mejor pasado americano.

Indicar despreciativamente que Mills meramente representa algunas dudas populares sobre poder, es subestimar que la población ha tenido buenas razones para hacerlo así. La II Guerra Mundial, el surgimiento de la Unión Soviética y China, entre otros, han dado una drástica ilustración de que el poder no se "balancea" en el desempeño de las funciones sociales. Contemplar una condición inmediatamente opresiva como una que se convierte en benevolente por momentos, no es una apreciación de factores a largo plazo. Es un fallo el ver y apreciar cambios en un sistema que pasan inadvertidos, debido a que no son traídos manifiestamente por medio de un acto dramático. Son cambios profundos, sin embargo. Esas nuevas experiencias americanas estaban siendo ignoradas en 1950 cuando *The Power Elite* hizo su exitosa aparición. Este llamó la atención de que la historia moderna podría estar haciendo a los Estados Unidos en lugar de al contrario.

REFERENCIAS

- Bell, D. (1958). *The Power Elite Reconsidered*, American Journal of Sociology, vol. 65 (mes). pp. 238-250.
- (1965) *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*. rev. ed. New York, Free Press.
- Dahl, R. (1961). *Who Governs? Democracy and Power in an American City*. New Haven, Conn. Yale University Press.
- Hacker, R. (1964). *Power To Do What?*, In I. L. Horowitz, ed. (1964).
- Horowitz, I. L. ed. (1964). *The New Sociology*, New York, Oxford University Press.
- Hunter, F. (1953). *Community Power Structure: A Study of Decision-Makers*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Lipset, S. M. (1950). *Agrarian Socialism*. Berkeley, University of California Press.
- Lynd, R. S. (1956). *Power in the United States*, The Nation, vol. 182, mayo 12, pp. 408-411.
- y H. M. Lynd (1929). *Middletown*, New York; Harcourt Brace Hovanovich.
- Miliband, R (1964). *Mills and Politics*, en I. L. Horowitz, ed. 1964.
- Mills, C. W. (1948). *The New Men of Power, America's Labor Leaders*, New York, Brace Hovanovich.
- (1956). *The Power Elite*, New York, Oxford University Press.
- Ostrogorski, M. (1964). *Democracy and the Organization of Political Parties*, Garden City, N. Y., Anchor Books (escrito en 1902).
- Parsons, T. (1960). *The Destruction of Power in American Society*, en Structure and Process in Modern Societies, New York, Free Press.
- Rapoport, A. (1964). *The Scientific Relevance of W. Wright Mills*, en I. L. Horowitz, ed. 1964.